

**Empalador empalado**

**H**ACE ya mucho que Eduardo Haro Ibars decidió ser perdedor. Optó por la poesía cuando ésta había dejado de existir para los demás; optó por ser libre

cuando todos se acogían al útero de cualquier ortodoxia confortable; optó, en fin, por la vida, y se quedó solo.

Escribió mucho y publicó poco, porque también ha renunciado a la vana gloria de las tertu-

lias eruditas. Ahora, como él dice, "en mi sepulcro, amo".

Es a veces personaje incómodo que sufre la vida como un tenso vaivén y que él sólo quiere reflejar, eludir o transformar, todo a la vez, contradictoriamente,



Eduardo Haro Ibars.

con nervios y con vino. ("Me disfrazo de umbral tierno y caliente, me finjo espejo o sombra en los pasillos hasta que poco a poco pasa tiempo".)

En su libro, Haro Ibars grita, por eso, de mil formas distintas: el recuerdo, el homenaje, la venganza y el proyecto se adnan en una serie de poemas que son como un diario de emociones, muchas incomprensibles, pero todas capaces de comunicar el desasosiego, la lucidez y la frescura de quien todavía se siente libre y, por lo tanto, erróneo y anacrónico.

"Empalador" (1) es más que una colección de poemas. El libro como objeto es también un reflejo de Haro Ibars: en el formato, en los dibujos de Aguts, Cessepe o Lirio, en la confección, en el olor. Es la muestra de una cultura que quieren apagar transformándola en moda o conciencia improvisada. Pero para Haro Ibars nada ha cambiado desde hace tiempo: las novedades del mundo son ya sólo las de su cuerpo que envejece (ahora, sin embargo, dice sentirse más joven); la soledad ya era eterna desde antes y la violencia ha sido interrumpida. Sigue estando solo, fiel a su lúcido y justo espíritu de perdedor; traicionado sólo la traición.

"Caminaremos grises o ni siquiera grises no sombríos ni luminosos blancos o negros  
ofreceremos vino y silencio, mucho silencio, en rosaledas turbias,  
pero nunca  
ofreceremos plata a nuestros cuerpos  
ni brindaremos sal a los que lamamos

(1) "Empalador". Las ediciones de la Banda de Moebius, S. A. (Lizón, 22. Madrid-81).

**Machismo de Henry Miller**

TERESA PAMIES

**C**ON motivo de la muerte de Henry Miller se han prodigado los elogios al difunto con una indulgencia que esta mujer-lectora no comparte. Si hubo un escritor machista y zángano entre los norteamericanos, ese fue Henry Miller. Consiguió la celebridad utilizando a todas las mujeres que pudo, especialmente a Anais Nin, como lo demuestran las cartas que él le escribiera desde 1931 a 1946 (1). Utilizó a la dulce June como "modelo" de escenas pornográficas para sus "Trópicos" porque carecía de imaginación y de recursos eróticos; la utilizó también para conseguir influencias entre otros hombres y otras mujeres, influencias necesarias a su desmedida ambición literaria y para comer todos los días. Hay que reconocerle el mérito de la sinceridad. Sus cartas, publicadas por él mismo muchos años después de haberlas escrito, lo muestran en sus cualidades —que también las tuvo— y con sus defectos, algunos de los cuales considero virtudes. La mangancia, la vanidad, la gandería, la desconsideración hacia la hembra como ser humano total, se manifiestan con naturalidad porque Henry Miller estaba seguro de ser un genio y a los genios se les puede permitir todo.

Anais Nin tardó años en distinguir "las voces de los ecos" en el personaje que la fascinó precisamente por ser lo que ella no era: brutal, vulgar, gandul, cínico y exuberante. Cuando se lo presentaron por primera vez, escribió en su "Diario": "Tiene el aspecto de monje budista, un monje de piel rosada, con la cabeza, calva en parte, aureolada por cabellos plateados y vivaces y unos labios gruesos y sensuales. Sus azules ojos son fríos y observadores, pero su boca es emotiva y vulnerable. Su risa es contagiosa y su voz acariciadora y edlída como la de un negro".

Un año después, con mayor conocimiento de causa, precisaría el retrato de su protegido: "Henry tiene el sentimentalismo alemán. Pasa del sentimentalismo a la insensibilidad. Su imaginación es alemana, sus escritos recuerdan a George Gork. Ama lo feo. Ama lo vulgar, el argot, las cosas descuidadas, la miseria, la dureza, los bajos fondos de todo. Le gusta el olor a coles, a cocido, a pobreza y a prostitutas".

Cuando Anais Nin conoció a Miller en París, ella había descubierto a Lawrence, cuya obra marginada por el puritanismo introdujo audazmente en el mundo literario "normal" como modelo de literatura erótica basada en el derecho de la mujer al placer sexual, no como objeto, sino como sujeto principal. En Miller creía encontrar un Lawrence moderno. Le ayudó a copiar y corregir manuscritos; le sugirió ideas cuando él se confesaba "vaco"; le proporcionó su propia máquina de escribir cuando él se la pidió por haber roto la suya; le encontró editores y críticos indulgentes; le pagó alquileres de viviendas y viajes; le mantuvo y mantuvo a June y a los amiguetes del "Genio". Hasta de mandar tabaco a papá Miller se

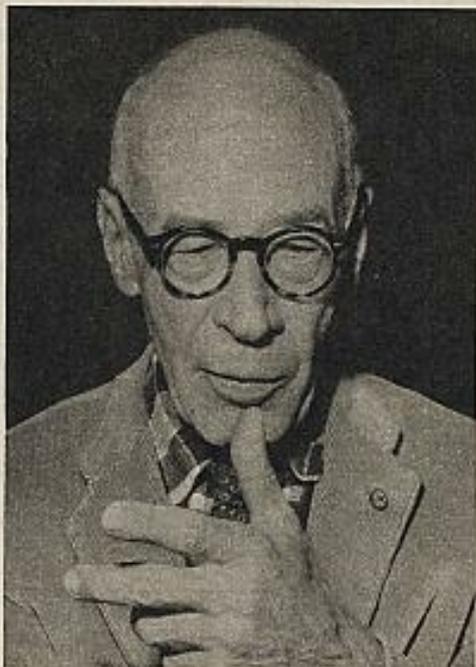
encargó la exquisita Anais, descuidando su propia obra literaria.

Una cosa no consiguió Henry Miller; despersonalizar a la autora de los "Diarios". Como ella dijera refiriéndose a Lou-Andrea Salomé: "Conservó su autonomía a pesar de estar rodeada de hombres brillantes y arrolladores" (2).

Desde su "autonomía" y su sensibilidad enriquecida por una vida sin represiones, Anais Nin rectificó su criterio sobre la literatura llamada erótica escrita por hombres y sobre su protegido Henry Miller, que iba a sobrevivirle tres años: "Hay algo probado: la literatura erótica escrita por hombres no satisface a las mujeres. Ha llegado el momento de escribir la nuestra, ya que nuestras necesidades, fantasmas y actitudes eróticas son diferentes. A la mayoría de las mujeres no les excitan las burlas groseras ni el lenguaje técnico. Cuando se publicaron los primeros libros de Henry Miller yo advertí que gustaría a las mujeres. Pensé que les agradaría la declaración abierta de un deseo sexual que, en la cultura puritana, corría el riesgo de desaparecer. Pero el lenguaje agresivo y brutal no surtió efecto".

Con motivo de su muerte se impone añadir estas cosas a los desmedidos elogios que se han hecho de Henry Miller. Influyó en algunos escritores jóvenes en algo tan positivo como fue combatir la mojigatería, la represión y autorrepresión sexual y la hipocresía verbal. Es cierto, pero con toda su "vitalidad arrolladora" no llegó a interiorizar el amor físico de la pareja. Su pornografía fue esencialmente machista y, por consiguiente, reaccionaria. ■

(2) Anais Nin: "Ser mujer". Editorial Debate.



Henry Miller.

(1) Henry Miller: "Cartas a Anais Nin". Editorial Bruguera.